

una mitología. Mucho tiene que ser dicho sobre la necesidad que tiene el artista contemporáneo de apelar a la distorsión —que sea a través de la morbosidad o el voyeurismo como en el *Blow-Up* de Antonioni o en Gombrowicz y Genet, o del *Nonsense* como Beckett y Nabokov y el primer Ionesco, o de la “cosización” del *nouveau roman*, o de la dilatación ceremonial como en Artaud y el propio Genet— para lograr el realismo. Es decir, para traducir su época. En nuestro tiempo, resulta imposible dejar que los acontecimientos hablen por sí mismos,¹ puesto que vivimos en un mundo de mensajes que se yuxtaponen y de imágenes que se suceden con tal celeridad que se revela fatuo pretender otorgar a cada uno de ellos su valor real con respecto a los otros. De ahí, la necesidad absoluta de distorsión, de parodia, de lentes convexos, de caleidoscopio (o, alternativamente, de “historizar” a la manera de Brecht y de Weiss); de ahí, asimismo, la necesidad, también absoluta, de situar una obra dentro de un marco de referencia que en este caso es la mitología de la literatura. Balzac, Nietzsche, Strindberg, Kafka, Aristófanes, Miller, Mailer, Grass, Eurípides son algunos de los verdaderos *dii otiosi* de esta novela, la mejor, de Carlos Fuentes. Una obra como *Las Bacantes* es válida *per se*, pero su valor real se encuentra en un contexto socio-religioso dado, en una mitología. En una sociedad secular que incidentalmente tuvo con los nazis un fenómeno no del todo diferente del que ocupa a Eurípides, es legítimo, quizá imperioso, que Carlos Fuentes exija que el lector esté al tanto del sistema de símbolos de su tiempo; y ese sistema de símbolos lo han creado el teatro y la literatura contemporáneos, la *pop philosophie*, Buñuel, Marilyn Monroe, etc.

No es sorprendente que la mejor novelística de nuestros tiempos sea la del exilio, la obra de Camus, Beckett, Joyce, Miller, Nabokov, Gombrowicz, Genet (quien no necesita salir de Francia para estar en exilio). Y no lo es porque sus exponentes son precisamente aquellos que reflejan más agudamente el siempre creciente divorcio entre la realidad y el escritor, entre la realidad y el deseo, entre la apariencia y la esencia. Al mismo tiempo, es normal que estos autores sean los más representativos de su época, ya que, justamente, es en ellos que se encuentra más arraigado el romanticismo —sí, romanticismo, pero ese romanticismo de hoy, preñado de cinismo, romanticismo, post-nazi, post-Stalin, post-Vietnam. Y *Cambio de piel* debe de ser situado en esta línea. *Cambio de piel* es una novela de exilio, una novela de nuestro romanticismo, de autor solitario nada desnudo de repelencia por la realidad que nece-

sita distorsionar primero para revelarla y luego para exorcizarla, novela de espejos y espejos que reflejan a esos espejos — y por lo tanto, una novela no tanto hermética sino privada. No es pertinente, por ello, reprochar a Carlos Fuentes la ambigüedad de su novela, su aparente falta de afirmación (NO hablo de mensaje) —además, la ambigüedad de esa parte final implica, de hecho exige, la interpretación, privada, de cada lector: su experiencia. Cabe, al contrario, desear que la nueva fase que inaugura esta novela de culpa y redención, fase mucho más importante que la primera de Fuentes, lo extraiga de las limitaciones del exilio sin aban-

donar la plataforma del mismo— y que abra para los escritores latinoamericanos un nuevo mercado: el de los lectores que no exigen que seamos exóticos, el de los críticos que no condenan lo que un crítico francés censuró como “jeux Saint-Germain-des-Prés” —no aptos para subdesarrollados que deben mantenerse en las fronteras de la historia a menos que ingresen colectivamente con la única etiqueta de *tiers monde* y que deben dedicarse al monocultivo literario a fin de que sus productos no compitan con los de la metrópoli.

Carlos Fuentes, *Cambio de piel*. Ed. Joaquín Mortiz, México 1967.

bolivia y el estaño

Por Iván Restrepo Fernández

El libro de Guillermo Bedregal es de los intentos más serios hechos hasta el momento para comprender la problemática de uno de los movimientos revolucionarios más discutidos en las dos últimas décadas: el efectuado en Bolivia en 1952 y, también, un acertado análisis del grado de dependencia en que se desenvuelven los países exportadores de materias primas; análisis económico y político realizado en torno a un mineral: el estaño.

El estaño (que se emplea principalmente en envases, soldaduras y artículos de latón y de bronce), si bien se consume en cantidades notablemente más pequeñas que los otros metales no ferrosos (cobre, aluminio, plomo, zinc), su elevado precio hace que su valor en los países industrializados sea comparable al del zinc o el plomo.

Gran parte del mineral de estaño del mundo (el 70% de la producción) proviene de una franja geográfica que parte desde el sur de China, a través de Tailandia, Malaya y Birmania, hasta Indonesia. Otra importante zona productora es la de los Andes, en Bolivia, (que produce el 16% del total mundial), localizándose la tercera en el África Central (principalmente en Nigeria y en el antiguo Congo Belga) región que cubre el 13% de la producción. El estaño representa las dos terceras partes de los ingresos por exportación de Bolivia, una sexta parte de los ingresos de divisas de Malaya, y del 5 al 6% en el caso de Indonesia, Tailandia y el antiguo Congo Belga. Estos porcentajes sufren un cambio radical al tratarse de metal de estaño: Malasia fundió en 1965, solamente 15% de lo que extrajo; Gran Bretaña, que produjo apenas el 1% del total mundial de mineral, fundió en cambio un 13% de la producción mundial y controló más del 88% del mercado internacional de dicha materia prima. Y la República de Bolivia, segundo gran pro-

ductor del citado material, apenas pudo fundir el mismo año de 1965 el 1.9% de la producción mundial debido entre otros factores a que, hasta el momento, no ha podido resolver los problemas básicos de su metalúrgica de fundición.

En 1920, el comercio exterior del país sudamericano se hallaba controlado en un 72% por las exportaciones estañíferas; de 1930 a 1940 la industria minera boliviana se consolida en términos de gran empresa capitalista y llega a aportar un 78% de la totalidad de sus exportaciones. La explotación intensiva e irracional efectuada durante los años de la segunda guerra mundial marcan la declinación de la industria minera del estaño, descenso que viene a culminar en 1958 y 1959, cuando los países productores miembros del Consejo Internacional del Estaño se ven obligados a someterse a un régimen de control de exportaciones.

Para la industria boliviana las medidas acordadas por el CIE trajeron consecuencias funestas: se cerraron más de mil empresas mineras, lo cual ocasionó una grave crisis económica. Esto permitió conocer con mayor claridad la situación distorsionada de la economía boliviana en general y de su comercio exportador en particular. La CEPAL, a este respecto, hace notar cómo esta distorsión coloca a Bolivia, junto con Venezuela, a la cabeza de nuestros países en cuanto a exportaciones por habitante, constituyendo ambos estados un grupo en donde las exportaciones representan una proporción mucho mayor del ingreso que en otras repúblicas latinoamericanas; siendo Bolivia, además el país de nuestro Continente que tiene el más alto coeficiente de importaciones dentro de la disponibilidad de bienes y servicios.

El problema, sin embargo, no se encierra solamente en este campo: la industria minera boliviana fue montada a tra-

¹ Aunque es indudable que algunas manifestaciones de países menos sofisticados como México deberían ser mostradas tal y como son, sin retoque, sin comentarios: son burdas distorsiones en sí.

vés del mito de la inversión extranjera. Como el Estado no tenía el más mínimo control sobre las compañías, éstas pudieron exportar la mayor cantidad de sus ganancias dando origen al nacimiento de uno de los mayores imperios financieros e industriales del mundo: el imperio del Rey del Estaño, Simón I. Patiño. Este grupo, que al tiempo de la nacionalización representaba el 48% del estaño del país, para 1930 había ya frenado completamente sus inversiones, cuando, por otro lado, tenía depreciados sus equipos en un 75% del valor original.

Por imperativos de orden nacional esta situación concluyó en 1952, cuando el gobierno del Movimiento Nacional Revolucionario intervino los tres grupos mineros (Patiño, Hochschild y Aramayo) mediante la expropiación por necesidad y utilidad pública y ordenó la reversión de las concesiones mineras al dominio originario del Estado. Se recalzó entonces el hecho de que la extrema dependencia de la economía boliviana de la producción minera había contenido y frenado su desarrollo independiente, manteniendo una situación de sometimiento colonial a los grandes monopolios. A tal extremo llegaba la deformación estructural ocasionada por los grandes magnates del estaño que en medio siglo de explotación intensiva de dicho metal no se obtuvo ningún progreso económico y ni siquiera se pudo resolver el elemental problema de la fundición doméstica de los minerales producidos.

Bedregal anota cómo justificadamente la opinión pública reaccionó en contra de la minería al tiempo de producirse la nacionalización alegando que desde el punto de vista económico "el ciclo de la minería ya había terminado", y que este factor perturbador y deformador del desarrollo armónico del país debía ser suprimido y substituido por una nueva fuente potencial de ilimitadas posibilidades económicas: la industria del petróleo y el desarrollo integral de la nueva agricultura tropical.

Se decidió entonces orientar los ahorros y la capitalización generados por la industria minera hacia "la política de diversificación económica", donde los otros sectores se iban a alimentar con los recursos que durante centurias les habían sido escamoteados por la tradicional fuente de ingresos. El gobierno no pensó que al colocar la minería en un plano secundario dentro de las prioridades sectoriales, y optar por una política de inversiones aceleradas y masivas en programas cuyo rendimiento es a largo plazo, se asestaba un golpe de muerte al único sector realmente industrial y moderno de la economía nacional.

El efecto no pudo ser más desastroso: las inversiones aceleradas y masivas originaron una de las inflaciones monetarias más grandes de que se tenga memoria en América Latina. Se recurrió entonces a la estabilización monetaria, política diametralmente opuesta trasplantada mecánica y servilmente —como asien-

ta el autor— por el "ciyayismo intelectual" en un ámbito económico carente de una sólida base industrial capaz de garantizar el pleno empleo, una rápida acumulación del ahorro y un sostenido crecimiento productivo. La inflación, con todas sus secuelas de inmoralidad, corrupción y especulación, no se hizo esperar. Al respecto, Bredegal afirma que en un país como Bolivia, con un mercado interior muy reducido, sin una burguesía industrial moderna y conciente de su papel progresista de clase en ascenso, con capas medias completamente importadoras, sometidas a los mecanismos económicos de tipo internacional, no puede existir una regulación natural del mercado a través de la oferta y la demanda, como lo establece la política promperialista del Fondo Monetario Internacional. La formación de oligopolios que atentan contra esta ley de la oferta y la demanda, y el control de estos oligopolios por las grandes potencias, se hace patente. Así, unas pocas firmas comerciales llegan a controlar el comercio de importación y exportación del país.

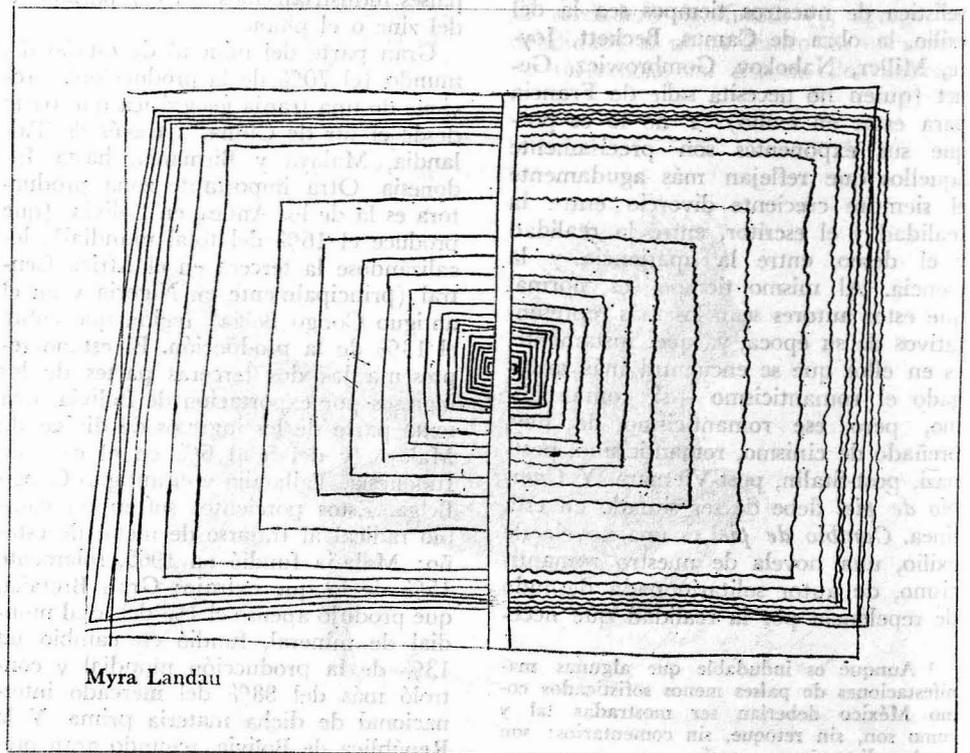
La economía boliviana, por la acción de factores internos y externos, al final de cuentas se halló aprisionada en la misma trampa de toda economía colonial, viéndose obligada a operar deficitariamente, con una economía de necesidades y gastos crecientes y un sistema de ingresos internacionales decrecientes. Además, y como acertadamente explica el autor, la nacionalización minera en su ejecución se enclavó en una forma imprecisa de capitalismo de Estado y de democracia formal y representativa, sin considerar que el contexto político social que corresponde a este tipo de medida socialista era una economía planeada y una nueva constitución social del Estado. El nuevo gobierno revolucionario no pudo modificar la fisonomía tradicional

del viejo Estado de Casta, su sistema de administración y financiamiento, su aptitud para la gestión económica y para la asistencia técnica y social.

Y si bien en 1961 se enunció una nueva política minera (programación global del desarrollo partiendo de la minería como primer sector prioritario y como núcleo nutricional del proceso industrial del país, reforma agraria, canalización del ahorro interno y del uso productivo del capital y de la técnica; participación responsable y conciente de los sindicatos en la marcha de las empresas, etc.), capaz de rectificar los viejos errores, a seis años de proclamada vemos que, por el contrario, se ha desembocado en un régimen militar que solamente ha favorecido al reducido grupo detentador de la riqueza, llevando a cabo una política claramente antinacional y antiobrera.

Pero, como anotábamos al principio de este comentario, Guillermo Bedregal no se ha limitado a presentarnos el desenvolvimiento que en lo social y en lo económico ha tenido su país en este siglo, sino que en varios apartados de su libro ahonda en los problemas a que se enfrentan los países subdesarrollados, exportadores de materias primas, al concurrir al mercado internacional y tener que hacer frente —en forma desarticulada y desventajosa— a los grandes monopolios industriales y financieros. Denunciando, con cifras y datos poco conocidos, la agresión económica de que son víctimas las naciones dependientes por parte de los países metropolitanos; agresión que solamente para América Latina representa cada año una pérdida superior a los 1,300 millones de dólares.

Guillermo Bedregal: *Monopolios contra países pobres. La crisis mundial del estaño*. Editorial Siglo XXI. México, 1967. 270 pp.



Myra Landau